

A B C EN ROMA

LA HUELGA ITALIANA RESTO RESONANCIA A LA VISITA DE LOPEZ BRAVO AL PAPA

No se descarta la posibilidad de que el ministro haya entregado a Pablo VI un mensaje personal de Franco

Roma 13. (Crónica telefónica de nuestro corresponsal.) La audiencia privada que concedió Su Santidad a don Gregorio López Bravo habría tenido gran resonancia en la Prensa italiana si ayer este país no se hubiese encontrado, como se encontró, paralizado por la huelga general.

Esa huelga aún colea, pues pasarán cuarenta y ocho horas antes de que se normalicen el correo, el telégrafo y la Prensa. Por lo demás, ya en los últimos días de 1972 el «Mensajero Romano» publicó un largo artículo comentando «a priori» la entrevista.

Artículo con algunos errores, suscitados por el afán de dramatizar.

El señor López Bravo llegó a Roma y volvió a España en un avión llamado «Misterio». Pero la entrevista con Su Santidad no tanto fue misteriosa cuanto sigilosa. Sigilosa, aunque después de celebrada el ministro declaró que había sido cordial y positiva. Por añadidura, el contenido de su rostro era más elocuente que todos los posibles comunicados.

Salió don Gregorio López Bravo del Palacio de la plaza de España a las once y media. Al filo del mediodía llegó en un coche «Mercedes» a la plaza de San Pedro, acompañado por su jefe de Gabinete y por el ministro encargado de Negocios, señor Martínez Mata.

Entró en el Palacio Vaticano por la puerta de la Campana. Sus acompañantes se quedaron en una antecámara penumbrosa, pasando él a la biblioteca privada del Pontífice, donde permaneció una hora y cuarto.

Esa conversación sólo tuvo testigos mudos: los volúmenes de la librería. Yo no puedo asegurar que el ministro haya sido portador de un mensaje del Jefe del Estado. No puedo asegurarlo, pero así lo creo. Sé creer lo que uno no ha visto, según nos enseñaba el viejo padre Astete.

La visita de López Bravo no es la primera que hace a Su Santidad desde que es ministro de Asuntos Exteriores. Tampoco la carta del Generalísimo Franco —si la hubo— sería la primera que le envía a Pablo VI sobre problemas de la Iglesia y del Estado.

Decía el Vaticano que renuncie al privilegio de la presentación de obispos. Entiende el Gobierno que el pueblo español no vería con buenos ojos esa renuncia unilateral. Quizá el Concordato de 1953 se haya quedado anticuado. Hay veces en que la historia adquiere gran velocidad, y ahora estamos en un tiempo así. El Estado español no discute esa afirmación. Precisamente por eso, porque admite que quizá el proceso histórico haya superado al Concordato, se ofrece a celebrar conversaciones que no se limiten a la reforma de un solo punto, sino que pretendan una reforma total.

Podrá el espíritu del Concilio postular que el Estado renuncie a privilegios, pero a quien más le pidió el Concilio renuncia a sus privilegios fue a la propia Iglesia.

Mas si llevamos esta deducción a sus últimas consecuencias, entonces no resulta fácil sostener la idea e institución concordataria, pues en definitiva todo Concordato es un privilegio para la Iglesia.

Al pensar en cambios en la relación entre Iglesia y Estado se plantea con gran relieve el problema del clero rural.

Quizá en los últimos días no sólo hayan llegado al Vaticano opiniones episcopales, sino también las preocupaciones personales de los curas de aldea, que, sin el Estado, podrían encontrarse en difícil situación para su sustento. No creo que eso ha-

ya sido evocado en la audiencia que Pablo VI le concedió a nuestro ministro de Asuntos Exteriores, pero el problema no puede menos de presentarse al ánimo del Sumo Pontífice.

De que esta entrevista haya sido cordial y positiva, tenemos que alegrarnos todos. Y no dramatizar demasiado nunca en estos problemas de Iglesia y Estado, pues momentos mucho más graves han pasado en las épocas más felices de toda la historia europea.—Eugenlo MONTES.